

Las entradas triunfales de los arzobispos en Compostela en los albores del Barroco

Ana GOY DIZ *

Pocos acontecimientos festivos podían convulsionar más los quehaceres diarios de los habitantes de la ciudad de Santiago que la entrada y la consagración de un nuevo arzobispo. Durante el siglo XVII y buena parte del siglo XVIII, los actos convocados para conmemorar dichos acontecimientos fueron uno de los episodios más sobresalientes de la fiesta barroca, en los que toda la sociedad compostelana se dejaba arrastrar y, embriagada por los preparativos y, seducida por el ceremonial, olvidaba, al menos por unos días, las penurias, las carencias y la guerra, para participar en el juego del simulacro y de la ostentación que con su magia era capaz de encubrir la miseria y la pobreza y, de este modo, hacer de la ciudad el escenario perfecto para la celebración.

Desde el momento en que el rey anunciaba el nombre del prelado llamado a ocupar la silla arzobispal y la ciudad tenía constancia de la designación, se ponía en funcionamiento un complicado engranaje mediante el cual, bajo la atenta mirada del Cabildo de la catedral y del Ayuntamiento, se iban organizando una serie de actos que constituían la fiesta de agasajo y bienvenida. Dicho ceremonial obedecía a un estricto protocolo que con rigidez debían acatar todos los estamentos sociales. Nada quedaba sujeto a la improvisación. Todo era convenientemente estudiado, discutido y acordado en los salones entre los canónigos, los regidores y el vicario general. Los meses previos a la llegada del arzobispo eran los momentos dedicados a la preparación de la fiesta, cada paso, cada gesto, cada reverencia quedaban fijados de antemano, para evitar suspicacias y malos entendidos, que pudieran enrarecer las relaciones siempre difíciles entre el poder civil y el poder religioso¹. Sin embargo, no siempre estos esfuerzos consiguieron limar las asperezas y algunas veces las desavenencias traspasaron las puertas del palacio

* *Universidad de Santiago de Compostela.*

¹ A lo largo del siglo XVII y XVIII, en repetidas ocasiones, el Cabildo catedralicio y el Consistorio compostelano se enfrentaron con motivo de la entrada en la ciudad de los arzobispos, pero quizá uno de los episodios más conocidos fue el que protagonizaron ambos poderes a raíz de la entrada de don Juan Beltrán de Guevara, en 1615, que llevó al Cabildo a rogar encarecidamente al nuevo prelado, que redactara el *Ceremonial de la entrada pública*

arzobispal y llegaron a oídos de la Audiencia e incluso se propagaron por la Corte. Estas sonadas disputas continuaron más allá del siglo XVII, teniendo en el XVIII una relevante incidencia, como se pone de manifiesto en el estudio de Roberto López².

Santiago de Compostela, era un territorio que pertenecía a la Mitra y por lo tanto el arzobispo era el señor jurisdiccional y de él dependían las principales instituciones que regían la vida urbana. La única excepción la constituía el Hospital Real, símbolo de la presencia de la Corona en la ciudad y único organismo que tenía jurisdicción propia y que se mantenía, en cierto modo, al margen del poder del arzobispo. Para el resto de la sociedad, la figura del prelado se percibía como omnipresente y omnipotente, ya que, incluso en los momentos en los que éste se encontraba lejos de la ciudad, sus representantes actuaban sustituyéndolo a todos los efectos³.

Desde época medieval, la sede compostelana había sido una de las archidiócesis más poderosas del país, de hecho ocupaba el tercer lugar en volumen de ingresos y de rentas, por detrás de la sede toledana e hispalense. Además, el arzobispo de Santiago, era capellán de la Familia Real y formaba parte del Consejo de su Majestad⁴, se trataba, en definitiva, de un puesto de gran relevancia y de un indiscutible prestigio, que el monarca reservaba para hombres de su confianza.

Estos príncipes de la iglesia, reclutados entre las principales familias nobles del estado, se convirtieron en verdaderos señores jurisdiccionales, que intentaron regir su diócesis, como si de un pequeño reino se tratara. Así, teniendo como referente último la Corte, los arzobispos ejercieron el poder sobre una sociedad que se mantenía exhausta debido al hambre, a las pestes y

solemne de los Señores Arzobispos, para evitar en el futuro nuevos enfrentamientos. En este sentido véase LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la S.A.M. Iglesia de Santiago de Compostela*, Santiago, 1907, T. IX, p. 43, nota 1.

² LÓPEZ, R., *Ceremonia y Poder a finales del Antiguo Régimen: Galicia 1700-1833*, Santiago, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1995, pp. 58-59.

³ Durante el siglo XVII fue muy habitual que los prelados compostelanos pasaran largas temporadas lejos de la ciudad solucionando problemas en la Corte o incluso lejos de ella, en los territorios dependientes de la Corona, como ocurrió con D. Juan Beltrán de Guevara (1615-1622) durante el pleito por el Voto de Santiago, o con D. Agustín de Spínola (1630-1644) durante los años que estuvo en la campaña de Italia. En otros casos, las razones esgrimidas eran de otra índole, cuestiones religiosas o incluso motivos de salud, como sucedió con don Antonio Monroy, pero en cualquier caso, la autoridad ejercida por sus vicarios se hacía presente en la ciudad.

⁴ Los arzobispos compostelanos actuaron en repetidas ocasiones como asesores de los monarcas, no sólo en cuestiones religiosas, sino también políticas. Este fue el caso de don Luis Fernández de Córdoba que formó parte de “los cuarenta prelados y personas graves” que en mayo de 1623 aconsejaron al rey Felipe IV sobre los inconvenientes que surgirían si le confiaba la mano de su hija la Infanta María al entonces príncipe de Gales, que con el tiempo se convertiría en Carlos I de Inglaterra. LÓPEZ FERREIRO, A. (1907), IX, 66. En tiempos de doña Mariana de Austria, el arzobispo Monroy ejerció su influencia en la Corte gracias a la confianza que la reina había depositado en él. Formó parte de su séquito personal en el viaje que ésta hizo en 1690 de los Países Bajos a Madrid y fue el encargado de ratificar el casamiento del rey Carlos II y de velar a los “augustos novios” durante la noche de bodas. LÓPEZ FERREIRO, A., (1907), IX, 223.

a las continuas levas militares, que llegaban a diezmar la población. Tanto el Consistorio como el Cabildo, principales instituciones de la ciudad, y antaño células de discusión y de discrepancia, no pudieron mantenerse al margen del poder del arzobispo y sufrieron las continuas intromisiones de los prelados y de sus vicarios. Esta situación, era simplemente el resultado del proceso de reforzamiento y de consolidación del poder institucional del arzobispo, dentro del marco de una sociedad absoluta de Antiguo Régimen.

Fieles al espíritu de la época, los arzobispos que ocuparon la diócesis compostelana a partir de mediados del siglo XVII, se dejaron llevar por las corrientes del fausto y del boato que reinaban por aquella época en Europa y no escatimaron en gastos⁵. Así, la fiesta se convirtió, según Díaz Borque⁶ en un acto de ostentación, de propaganda, y de exhibición, orientada a promocionar fidelidades, porque como defendía Maraval⁷, la cultura del Barroco fue una cultura dirigida, capaz de ejercer una influencia directa sobre todo el cuerpo social, extendiendo los valores y las formas de conducta de las clases dominantes en el pueblo. Para algunos autores, esta forma de actuar supuso un brutal desacuerdo entre una nación en ruinas y la ostentación pública, que intentaba encubrir las miserias de una sociedad enferma⁸, sin embargo al margen de enjuiciamientos de este tipo, hemos podido constatar la necesidad que la sociedad gallega tenía de evadirse de sus problemas diarios, para disfrutar, al menos por unos días, de la fiesta, del lujo, de la riqueza y de la ostentación⁹.

La entrada triunfal como una fiesta urbana en honor del arzobispo.

Hasta este momento, hemos obviado una cuestión de terminología que creo puede ser importante. En la bibliografía, el término entrada triunfal se asocia a la figura del príncipe o del rey y por extensión a los miembros que integran la familia real y algunos de los representantes de su poder, como gobernadores y virreyes. No es frecuente, sin embargo, que el mismo término se aplique a otro tipo de dignidades. En el caso que nos ocupa, nos encontramos, que tras un minucioso estudio del ceremonial de entrada de los arzobispos en Compostela, podemos establecer importantes coincidencias entre una entrada triunfal real y la de un prelado. En ambos casos estamos ante una celebración que tiene una razón de ser como instrumento al servicio del poder que congrega a toda una sociedad llamada a participar de forma activa del acontecimiento festivo. Durante la celebración, los estamentos

⁵ *Ibidem*, 67.

⁶ DÍEZ BORQUE, J.M., "Las relaciones de teatro y fiesta en el Barroco Español", en *Teatro y fiesta en el Barroco. España e Iberoamérica*, Madrid, Ed. Serbal, 1986, p. 11-41.

⁷ MARAVALL, J.A., *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1975 (6ª edición, 1996), p. 131.

⁸ DÍEZ BORQUE, J.M., (1986), nota 1.

⁹ GOY DIZ, A., "La entrada triunfal del arzobispo don Maximiliano de Austria en la ciudad de Santiago", en *A la patrona de Alcalá la Real*, Alcalá la Real, 1996, pp. 76-78.

entregan, de forma simbólica en un acto de sumisión y de obediencia, la ciudad a la nueva autoridad, confiando en ella su buen gobierno, al tiempo que en una súplica reivindicativa reclaman una mejora de su situación ¹⁰.

En el desarrollo de la fiesta volvemos a encontrar profundas coincidencias con las entradas reales. Los cortejos de bienvenida, en los que no falta el desfile de los caballeros, la procesión de las órdenes religiosas o los bailes de las cofradías no dejan de ser una cita textual del protocolo regio, incluso el acto de entrega de las llaves de la ciudad, el besamanos o el recorrido triunfal por una población transformada para la ocasión no son más que una adaptación, al caso compostelano, del ceremonial de entrada triunfal de los monarcas. En estas celebraciones no faltaban las mascaradas, las luminarias, los castillos de fuegos artificiales, los juegos a caballo y los toros, que normalmente cerraban las fiestas de recibimiento. Todas estas coincidencias, creo que, demuestran hasta que punto en Santiago se está aplicando, en las entradas de los prelados, un esquema ya consagrado por la Corona, estableciéndose una relación entre la figura del monarca y del propio arzobispo, señor jurisdiccional y autoridad suprema en los territorios de la diócesis.

Si entendemos que las entradas triunfales fueron durante el barroco uno de los espectáculos más interesantes de la fiesta, no sólo por la riqueza de matices que entrañaban, y la complejidad que llegaba a adquirir el ceremonial sino, porque entorno a ellas se daban cita toda la sociedad, desde las clases populares hasta el estamento nobiliario y religioso, que participaban de la fiesta en ese doble papel de actor-espectador. En ese sentido, estamos ante un acontecimiento en el que todo tenía cabida, desde las manifestaciones populares: como bailes, luminarias y máscaras; hasta los toros, los juegos de cañas o los de la sortija, reservados a los nobles y a los caballeros, que, de este modo, demostraban su posición privilegiada frente al resto de la población ¹¹. La fiesta, es por lo tanto, el marco escénico en el que la sociedad se presenta ante su señor, pero manteniendo siempre, el orden jerárquico que la vertebraba, porque dentro de una sociedad de Antiguo Régimen, cada individuo ocupa su lugar en la pirámide estamental y eso tiene su reflejo en los cortejos y en las procesiones que se organizan.

Pero junto a ese dirigismo que condiciona cualquier entrada triunfal no falta una cierta teatralización del poder mediante la cual es posible integrar a las clases inferiores, que por unos momentos participan de un mundo fastuoso que nada tenía que ver con su realidad cotidiana. En definitiva, las entradas triunfales sólo unificaban socialmente a la población en la preparación y contemplación de la ceremonia ¹², porque en el resto, cada clase ocupaba el lugar que le correspondía ¹³.

¹⁰ PIZARRO GÓMEZ, F.J., "La entrada triunfal y la ciudad en los siglos XVI y XVII", en *Espacio, tiempo y forma*. Serie VII, Historia del Arte, T. 4, 1981, p. 125.

¹¹ DÍEZ BORQUE, J.M., (1986), 14.

¹² En este sentido, el trabajo de Pizarro Gómez resulta básico para el análisis de las entradas triunfales en el marco de la ciudad de Antiguo Régimen. PIZARRO GÓMEZ, F.J., (1981), 121-134.

¹³ LÓPEZ, R., (1995), 45-45.

Durante la centuria del seiscientos, en doce ocasiones la ciudad de Santiago se preparó para recibir a un nuevo arzobispo¹⁴. Los datos que conocemos sobre estas entradas triunfales fueron tomados básicamente de las actas consistoriales y capitulares, en las que se recoge abundante información sobre los preparativos, los festejos y los gastos. En ellas se estipula las particularidades del ceremonial y se detalla la posición que debe ocupar cada estamento en el cortejo. Muy poco, sin embargo, se especifica de los aspectos estéticos que rodeaban la fiesta, y casi nada se dice de las arquitecturas efímeras o de los ingenios que los gremios llevarían en la procesión¹⁵. No sabemos el lugar en el que se emplazaban los arcos triunfales ni los altares, ni tenemos datos descriptivos que nos permitan conocer su estructura, su temática y su sentido. Tan sólo sabemos que en el caso concreto de la entrada triunfal de don Maximiliano de Austria, el Ayuntamiento financió la construcción de tres arcos y que éstos se dispusieron en el trayecto entre la Puerta del Camino y el Palacio Arzobispal¹⁶. Según se especifica en las actas consistoriales, el programa iconográfico que decoraba estas arquitecturas fue diseñado por los licenciados Fraga y Albite de Mosquera, que intentaron exaltar las virtudes y los triunfos del nuevo arzobispo.

Con la información que poseemos, podemos afirmar que en las entradas solemnes se seguía siempre el mismo ceremonial y que las celebraciones que acompañaban este evento dependían directamente del estado en el que se encontraran las arcas de la ciudad. Como norma general, era el gobierno municipal el que se encargaba de costear las fiestas, y el montante disponible variaba significativamente en función de la situación económica por la que atravesaba el municipio. Sin embargo, en todos los casos hemos comprobado que el Ayuntamiento gastó más de lo que poseía en estas fiestas¹⁷, empeñándose a veces en miles de ducados. Pero según se puede abstraer de la

¹⁴ Don Maximiliano de Austria (1602-1614), don Juan Beltrán de Guevara (1615-1622), don Luis Fernández de Córdoba (1623-1624), don Agustín Antolinez (1624-1626), don José González (1626-1630), don Agustín de Spínola (1630-1644), don Fernando de Andrade (1644-1655), don Pedro Carrillo y Acuña (1655-1667), don Ambrosio de Spínola (1667-1669), don Andrés Girón (1670-1680), don Francisco Seijas Losada (1681-1684), don Antonio Monroy (1685-1715). Vid. LÓPEZ FERREIRO, A., (1907).

¹⁵ En este tipo de celebraciones era frecuente que los gremios y los oficios costearan la construcción de las carrozas que integrarían la comitiva festiva. En Santiago, la documentación no especifica que tipo de "ingenio" llevarían las cofradías, tal vez éste fuera similar a los carros que sabemos que existieron en otras ciudades, como Valencia. Al respecto vid. PEDRAZA, P., *Barroco efímero en Valencia*, Valencia, Ayuntamiento, 1982, p. 380.

¹⁶ Archivo Histórico Universitario de Santiago (A.H.U.S), FMS, Libro de Consistorios 1599-1605, f. 234 r. En GOY DIZ, A., *A actividade artística en Santiago, 1600-1648*, Santiago, Consello da Cultura Galega, 1999, T. II, pp. 268-276.

¹⁷ Era frecuente que los ayuntamientos se endeudaran por este motivo. En Santiago, por ejemplo, en 1668, a raíz de la visita de don Juan de Austria, hijo natural del rey Felipe IV, el consistorio tuvo que soportar el alto gravamen que supuso la fiesta. Sobre este tema vid. LÓPEZ FERREIRO, A., (1907), 149; PÉREZ COSTANTI, P., *Notas Viejas Galicianas*, T. II, Vigo, 1926, pp. 373-380; FILGUEIRA VALVERDE, J., *Historias de Compostela*, Santiago, 1970, p. 138; BONET CORREA, A., *Fiesta, poder y arquitectura. Aproximaciones al barroco español*, Barcelona, Akal, 1990, p. 21.

bibliografía, el exceso de gasto es común a todas las épocas y a todos los lugares y sin apenas diferencia, se pueden rastrear situaciones similares no sólo en España sino también en la América colonial¹⁸. Quizá en Santiago, el caso más doloroso se produjo en 1626, cuando hizo su entrada el arzobispo fray José González. Entonces, según nos relata López Ferreiro la situación que atravesaba la región era tan desoladora que el prelado, una vez jurado su cargo, decidió, en un acto de generosidad, gastar quinientos ducados de sus rentas en el abastecimiento de carnes y cereales para que fueran repartidos entre los más necesitados¹⁹.

Era una práctica habitual que en estas entradas solemnes, las órdenes religiosas o los personajes destacados de la vida pública, pertenecientes a la nobleza o al estamento militar organizaran y costearan alguno de los festejos preparados para la ocasión, como los juegos de cañas, los toros o las luminarias²⁰. Con ello demostraban su poder frente al resto de la sociedad y al mismo tiempo se ganaban el respeto y el reconocimiento del propio prelado.

En definitiva, tanto las instituciones públicas como la sociedad compostelana, haciendo a veces un esfuerzo muy considerable, invertían altas sumas de dinero en la organización de las fiestas de bienvenida de los nuevos arzobispos.

Los trámites previos a la entrada triunfal

Desde el momento en que se conocía en la ciudad el nombre del nuevo arzobispo, todas las instituciones se preparaban para recibirlo. Inmediatamente el Cabildo nombraba una comisión formada por dos o tres canónigos que viajaban al encuentro del aspirante para presentarle sus respetos²¹. En algunos casos, éstos ya se encontraban en Galicia, como ocurrió en junio de 1645, cuando los representantes del Cabildo acudieron a Vilagarcía de Arousa (Pontevedra) para cumplimentar a don Fernando Andrade de Sotomayor²²; o en el verano de 1681 cuando se trasladaron a la villa de Pontedeume (A Coruña) para hacer lo propio con don Francisco Seijas de Losada²³. En otros casos, sin embargo, los comisionados tuvieron que viajar a lugares distantes de

¹⁸ A propósito de este tema véase: MARTÍNEZ RUIZ, J.I., *Finanzas municipales y crédito público en la España Moderna. La hacienda de la ciudad de Sevilla, 1528-1768*, Sevilla, 1992, pp. 145-146; DURAN MONTERO, M.A., "La entrada en Lima del Virrey Don García Hurtado de Mendoza", *Laboratorio de Arte*, 3, (1990), pp. 58-59; LÓPEZ CANTOS, A., *Juegos, fiestas y diversiones en la América española*, Madrid, 1992; RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F., y GALINDO BLASCO, E., *Política y fiesta en el Barroco*, Salamanca, 1994, p. 15; LÓPEZ, R., (1995), 123.

¹⁹ LÓPEZ FERREIRO, A., (1907), 73.

²⁰ BONET CORREA, A., "Arquitecturas efímeras, ornatos y máscaras", en *Teatro y fiesta en el Barroco. España e Iberoamérica*, Madrid, Ed. Serbal, 1986, 44.

²¹ Vid. LÓPEZ FERREIRO, A., (1907), 108 y 219.

²² Éste se encontraba en el Palacio de Vista Alegre, perteneciente a su familia y donde él mismo había nacido. Sobre ello, Vid. GOY DIZ, A., (1999), II, 415.

²³ LÓPEZ FERREIRO, J., (1907), IX, 182.

nuestra geografía, como sucedió al ser designado don Pedro Carrillo y Acuña, que se encontraba en Salamanca²⁴ o don Antonio Monroy, entonces general de los dominicos, que residía en Roma por imperativo de su cargo. En este caso concreto, ante la gran distancia existente, el Cabildo compostelano decidió, esperar a que el arzobispo electo desembarcara en España y se trasladara a Madrid, para cumplir con este trámite²⁵.

A partir de ese momento, el arzobispo, a la espera de recibir la Bula con el nombramiento, designaba a un hombre de su confianza para que tomara posesión de la sede y, como vicario, se encargara de los preparativos previos a la entrada en la ciudad. Bajo la supervisión del vicario, el Consistorio y el Cabildo empezaban a organizar la fiesta de bienvenida.

Como toda la sociedad se integraba en el espectáculo, una vez que se conocía la fecha aproximada de la entrada triunfal, los regidores ordenaban a los pregoneros que anunciaran a todos los gremios y a las cofradías la eminente llegada del prelado para que, según la costumbre, se organizaran para cumplimentarlo como se merecía. Las distintas cofradías que tenían sede en la ciudad solían participar con sus bailes y regocijos en las fiestas de bienvenida, aunque no siempre estuvieron dispuestas a ello, debido al alto costo que suponía organizar los festejos para sus precarias economías. Por esa razón, en más de una ocasión, el Ayuntamiento tuvo que amenazarlas con el pago una sanción en el caso de que no colaboraran como era costumbre²⁶.

Una de las preocupaciones del Consistorio era el mejorar la imagen de la propia ciudad, transformando el espacio cotidiano en un escenario ficticio y espectacular²⁷, capaz de impactar en la retina del nuevo arzobispo. Por eso, en los meses previos a la llegada del nuevo arzobispo era frecuente que el Ayuntamiento invirtiera en la mejora de las vías de acceso, calzadas y puentes y en el saneamiento de las murallas y de las fuentes²⁸. Asimismo se instaba a los vecinos a que pavimentaran las calzadas²⁹ y embellecieran las fachadas de sus casas, engalanándolas con tapices y bayetas durante las fiestas.

Al Ayuntamiento correspondía la contratación de las cuadrillas de canteros y albañiles que se encargaban de la ejecución de estas obras³⁰. También

²⁴ Ibidem, IX, 127.

²⁵ Ibidem, IX, 108 y 219,

²⁶ En tiempos de don Fernando de Andrade el coste de la multa ascendía a veinte ducados. GOY DIZ, A., (1999), II, 416.

²⁷ NIETO ALCAIDE, CHECA CREMADES, *El Renacimiento. Formación y crisis del modelo clásico*. Madrid, Istmo, 1986, p. 324.

²⁸ Coincidiendo con la entrada de don Maximiliano de Austria se insta al fontanero municipal para que repare todas las conducciones de las fuentes de la ciudad con el fin de que cuando llegue el señor arzobispo todas estén funcionando perfectamente. Años más tarde, en 1618, cuando la ciudad se preparaba para dar la bienvenida al arzobispo don Juan Beltrán de Guevara, el ayuntamiento libró 1.800 ducados que le debía al fontanero Francisco González Araujo por reparar las fuentes. GOY DIZ, A., (1999), II, 275, 337.

²⁹ Según se recoge en las actas de consistorio, cada vecino tendría la obligación de pavimentar el tramo de calle que se había delante de su puerta. GOY DIZ, A., (1999), II, 340.

³⁰ De los libros de actas del consistorio y de los libros de cuentas municipales se pueden extraer la relación de gastos que el Ayuntamiento costeó por estos conceptos. Hubo diferencias

corrían por su cuenta los salarios de los carpinteros, escultores y doradores que se ocupaban de construir y decorar los arcos de triunfo; y de los pintores que decoraban con las armas del arzobispo los escudos que presidían el ayuntamiento, las fortalezas de la Mitra y las puertas de la muralla de la ciudad. Este era un trámite que se repetía cada vez que un nuevo prelado ocupaba la sede compostelana³¹, ya que todos estos edificios dependían de su autoridad y estaban bajo su mando. También se encargaba a los pintores el dorado de las llaves de la ciudad, que simbólicamente el regidor más antiguo entregaba al prelado, durante la fiesta de bienvenida³².

Otro motivo de preocupación para el Ayuntamiento era la ampliación de los balcones y la construcción de miradores y miraderos de madera que permitieran a las autoridades contemplar los desfiles militares y las procesiones ceremoniales³³. Según se recoge en la documentación, estas estructuras líneas se levantaban cada vez que la fiesta lo requería. Los lugares más habituales eran la plaza del Campo (Lám. 1) y la plaza del Obradoiro³⁴ (Lám. 2), dos espacios emblemáticos en el entramado urbano de la ciudad³⁵. La primera porque en ella se encontraba el palacio municipal y era una parada obligada para la comitiva. La segunda porque desde mediados del siglo XVI se convirtió en la plaza principal, funcionando como plaza mayor.

En la plaza del Campo (hoy plaza de Cervantes), estos miraderos servían para que una parte de la corporación, así como los representantes de la Audiencia y de la Inquisición, pudieran asistir, con sus familias, a los actos de bienvenida. El número de invitados a estas celebraciones era tan elevado que obligaba a prolongar el balcón existente hasta la mitad de la plaza³⁶. Esta estructura línea se ocultaba bajo alfombras, reposteros, tapices y doseles dándole un aspecto de riqueza y suntuosidad acorde con la situación³⁷.

La construcción de estos miraderos molestaba a los vecinos que vivían en los edificios colindantes al Concejo porque les impedía ver, desde las ventanas

ostensibles en estos gastos según las entradas, observándose una reducción importante en los años centrales de la centuria.

³¹ GOY DIZ, A., (1999), II, 338.

³² Así se recoge, con motivo de la entrada de don Juan Beltrán de Guevara en 1618. *Ibidem*, 338.

³³ BONET CORREA, A., (1986), 65.

³⁴ Es necesario aclarar que en el siglo XVII la actual plaza del Obradoiro era conocida como la plaza del Gran Hospital, por eso parece de rigor utilizar, en un texto de estas características, la denominación que se empleaba en la época que aparece recogida en la documentación. Al respecto vid. GOY DIZ, A., (1999), II, 330-339.

³⁵ Durante todo el siglo XVII, la plaza de la Quintana, situada frente a la cabecera de la catedral era el lugar elegido por el Santo Tribunal de la Inquisición para celebrar en ella sus Autos de Fe. Esto supone un cierto cambio con respecto a lo que ocurría en otras ciudades como Madrid, en donde los actos de este tipo se organizaban en la Plaza Mayor, que en el caso de Santiago, sería el Obradoiro. De algún modo, al espacio de la Quintana se le reconoce un carácter sacro frente al carácter lúdico y festivo que tenía la plaza del Obradoiro,

³⁶ GOY DIZ, A., (1999), II, 279.

³⁷ Los reposteros, los blasones y los doseles que cubrían los balcones del Ayuntamiento se colocaban todos los años por el Corpus y las fiestas del Apóstol y excepcionalmente en las visitas reales o en las entradas solemnes de los Arzobispos. GOY DIZ, A., (1999), II, 310.

de sus casas, la entrada del cortejo arzobispal por eso en repetidas ocasiones hicieron llegar sus quejas a los regidores, pero estos no repararon en ello ³⁸.

En la plaza del Gran Hospital, frente a la fachada principal de la catedral, solían organizarse las corridas de toros, los torneos militares, los juegos de cañas y el de la sortija ³⁹ por eso era necesario transformar este espacio público en un escenario festivo adaptado a estos festejos. Para ello se montaban tarimas y se levantaban gradas que cambiaban notablemente la fisonomía de este espacio. Así, de forma similar a lo que ocurría en la plaza Mayor de Madrid (Lám. 3) o en tantas otras plazas españolas ⁴⁰, en Santiago ⁴¹ las fachadas de los principales edificios (el palacio arzobispal, los palacios capitulares, el Hospital Real o el colegio de San Jerónimo) se convertían en palcos y tribunas privilegiadas desde los que las autoridades asistían a los actos, mientras que el resto de la sociedad se acomodaba en el improvisado graderío levantado para la ocasión ⁴².

Al mismo tiempo que se aderezaban los escenarios que habían de servir de telón de fondo para la fiesta, los principales actores también se preparaban para intervenir en los actos, porque tanto su aspecto como sus formas debían ser impecables. Para la ocasión, los canónigos se ponían sus mejores galas y vestían las cabalgaduras con paños de terciopelo y brocado. A los prebendados y racioneros era costumbre que el Cabildo les concediera una ayuda que variaba entre tres y doce ducados “para las gualdrapas para ir a recibir a su eminencia” ⁴³. También los regidores, alcaldes y escribanos así como los oidores de la Audiencia cuidaban al máximo su imagen y competían entre ellos por diferenciarse del grupo en la comitiva. Finalmente el pueblo se disfrazaba durante las fiestas ocultando bajo las máscaras su pobre aspecto.

³⁸ El doctor don Antonio Valencia fue uno de los vecinos que presentó airosas quejas en el Consistorio cuando se prolongó el balcón del Ayuntamiento durante las fiestas organizadas con motivo de la entrada de Don Maximiliano de Austria. GOY DIZ, A., (1999), II, 279.

³⁹ BONET CORREA, A., (1986), 62.

⁴⁰ Sobre la evolución de la plaza mayor Vid. BONET CORREA, A., *Morfología y ciudad. Urbanismo y arquitectura durante el Antiguo Régimen en España*, Barcelona, 1978.

⁴¹ En Santiago de Compostela se da la particularidad de que en la antigua plaza del Gran Hospital estaban representados, a través de los edificios que presidían este espacio los poderes fácticos que regían la ciudad: la iglesia, la corona, el ayuntamiento y la universidad.

⁴² En 1611, con motivo de las Fiestas del Apóstol, el canónigo don Alonso López pidió permiso al Ayuntamiento para levantar un mirador en la plaza del Hospital (hoy Obradoiro) para presenciar el juego de las cañas (A.H.U.S., Fondo Municipal, Libro de actas de consistorio 1605-1614, f. 237 v.). Probablemente éste se erigió frente a los palacios capitulares, ya que por entonces todavía no se habían concluido las obras realizadas en torno al claustro y no estaba terminada la fachada del palacio. Precisamente unos años más tarde, en 1614, el maestro de obras Jácome Fernández el Viejo se hizo cargo de la construcción de una galería de zapatas que se superpuso a la fachada existente. Este proyecto, probablemente fue promovido por los propios canónigos con el fin de crear un espacio abierto desde el cual el Cabildo pudiera asistir a los actos que se celebraran en la plaza. En definitiva, la obra consistió en levantar en piedra unas estructuras efímeras que con motivo de las fiestas se habían erigido anteriormente en madera. GOY DIZ, A., *La arquitectura en el paso del Renacimiento al Barroco (1600-1650)*. Santiago y su área de influencia. Santiago, 1995.

⁴³ LÓPEZ FERREIRO, A., (1907), IX, 76.

El ceremonial de la entrada solemne

Una vez recibidas las bulas papales del nombramiento, la ciudad se preparaba para agasajar al nuevo arzobispo. Era costumbre que el Cabildo y el Ayuntamiento enviaran a unos delegados para que salieran a su encuentro. El prelado con su séquito los esperaba en el monasterio de Sobrado de los Monjes, casa matriz de los cistercienses en Galicia. Una vez que las dos comisiones habían sido recibidas y escuchadas se organizaba el cortejo. Abrían la comitiva los delegados de la Ciudad porque los delegados capitulares tenían el privilegio de escoltar a su Eminencia hasta las puertas de Compostela, concretamente hasta el monasterio de Conxo, donde según el ceremonial, era costumbre que la ciudad saliera a recibirlo. Durante el recorrido, las gentes de los pueblos salían de sus casas para dar la bienvenida y agasajar al nuevo arzobispo.

Los 60 kilómetros que separaban Sobrado de Santiago solían recorrerlos en un día, siempre que, el tiempo y la salud del protagonista lo permitieran. Aun así, no faltan excepciones, como ocurrió en 1681, cuando el arzobispo electo don Francisco Seijas Losada tuvo que hacer noche en Gonzar, porque sus problemas de gota no le permitían hacer el trayecto en una sola etapa ⁴⁴.

Mientras el prelado avanzaba hacia Santiago, toda la ciudad, embriagada por el sentimiento festivo se lanzaba a la calle para participar en la fiesta. El primer encuentro entre ambos tenía lugar en la capilla de San José, muy cerca del Crucero de Conxo, a escasamente una legua de Compostela. El cortejo de bienvenida partía de la plaza del Campo, frente a las Casas Consistoriales y pasaba por Fuente Sequelo, Rúa Nova y Porta Faxeira y desde allí hasta la capilla de San José ⁴⁵ (Lám.4).

Según se recoge en la documentación, la Ciudad debía abrir el cortejo, en primer lugar marchaban las cofradías con sus danzas y sus alardes ⁴⁶, a continuación “quatro alguaciles a caballo con sus baras junto al beedor y al portero”, más tarde dos maceros con sus mazas doradas sobre los hombros que precedían a los escribanos, al procurador general y a la comitiva integrada por los regidores y los alcaldes que marchaban en dos columnas, dispuestos por orden, de menor a mayor antigüedad. Cerraba el cortejo el regidor más antiguo que era el encargado de presentar ante su Eminencia a los miembros

⁴⁴ *Ibidem*, p. 189.

⁴⁵ Roberto López ha confirmado que durante el siglo XVIII apenas se produjeron cambios en el ceremonial de entrada del arzobispo en Santiago. Vid. LÓPEZ, R., (1995), 126-128.

⁴⁶ “La cofradía de los herreros con su alarde. La cofradía de San Amaro, que sirven los palaquines, con su danza de labradores. La cofradía del Nombre de Jesús, que sirven los teselanes, con su danza de xitanos. La cofradía que sirven los çapateros, con su danza de portugueses. La cofradía de San Pedro, que sirven los armeros, con su danza de marineros. La cofradía que sirven los carniceros, con su danza acostumbrada. La cofradía de los sastres, con sus danzas de espadas. La cofradía de los azabacheros, con su escuadron de españoles y la figura del Señor Santiago a caballo. La cofradía de San Esteban con su escuadrón de moros”. Enumeración tomada de la entrada solemne de don Fernando de Andrade y Sotomayor. Vid. GOY DIZ, A., (1999), II, 417.

de la corporación. Una vez que todos habían cumplido con este trámite, la Ciudad debía de retirarse y emprender el camino de regreso⁴⁷. Era entonces el turno del señor Deán que pasaba a presentar a los capitulares, indicando al arzobispo la dignidad y los oficios que ocupaba cada uno.

Una vez que el Cabildo había cumplimentado al nuevo prelado, éste rodeado de todos los capitulares reemprendían la marcha para recorrer la última legua del camino, antes de llegar a las puertas de Compostela. Las distintas dignidades eclesiásticas, dispuestas siguiendo un estricto orden avanzaban hacia la Puerta del Camino, donde ya les esperaba la Ciudad. El arzobispo era escoltado por el Deán y el Chantre, que cabalgaban a su lado, cerrando el cortejo. Éste se dirigía desde Conxo hasta la Puerta Faxeira y desde allí, bordeando por el exterior de la muralla avanzaba hacia la Puerta del Camino. Este era el lugar indicado para proceder al acto de entrega de las llaves y sin duda, era uno de los momentos más delicados de todo el ceremonial, porque de nuevo entraban en conflicto el poder político y el poder religioso. Según la costumbre, el Deán, en nombre del Cabildo, ofrecía, en una bandeja de plata, las ocho llaves de la ciudad que se correspondían con las de las puertas de la muralla. Eran de madera y estaban doradas porque así lo dictaba la tradición. Tal como obligaba el ceremonial, el Deán debía inclinarse ante el prelado y ofrecerle la bandeja para que se hiciera cargo de las llaves y con ello asumiera su autoridad como señor temporal y eclesiástico⁴⁸.

El arzobispo, investido de todo su poder, iniciaba entonces el recorrido intramuros, camino de la catedral, mientras el gentío, que llenaba las calles, agasajaba y victoreaba al nuevo prelado. El cortejo cruzaba la puerta del Camino, ascendía por Casas Reales, atravesaba la plaza del Campo y descendía por la Azabachería para ingresar en la plaza del Gran Hospital.

En presencia de los representantes de la Ciudad, el prelado se apeaba del caballo y, en compañía de su séquito personal, accedía por la escalera imperial hasta las puertas de la catedral. Los representantes del Cabildo salían a recibirlo a la antigua fachada de la Trinidad, hoy del Obradoiro, y ante un altar preparado para la ocasión le tomaban juramento de “guardar y cumplir las constituciones, estatutos, concordias, loables costumbres, privilegios y

⁴⁷ Como hemos visto, desde antiguo, la Ciudad protagonizó violentos enfrentamientos con el Cabildo cada vez que se celebraba la entrada solemne de un nuevo prelado. Desde comienzos del siglo XVII, concretamente en 1604 cuando fue designado don Maximiliano de Austria, podemos constatar que en todos los casos los regidores reclamaron frente al arzobispo “un lugar honorífico y preminente qual meressia la autoridad de una ciudad tan ylustre”, pero los prelados, apelando a la costumbre, mantuvieron la preeminencia del Cabildo frente al regimiento compostelano. Sobre los problemas de protocolo surgidos durante el siglo XVIII. Vid. LÓPEZ, R., (1995), 58-76.

⁴⁸ Los enfrentamientos entre ambos poderes fueron continuos, aunque desde 1610 el Cabildo contaba con una ejecutoria a su favor en la que se reconocía su preeminencia. Sin embargo la Ciudad, basándose en el nuevo ceremonial romano aprobado por Clemente VIII, reclamó su puesto en la celebración. Archivo Catedral de Santiago (A.C.S.) Leg. 292. 1610. *Executoria en favor del Cavildo sobre el recibimiento de los señores arzobispos...* Cit. LÓPEZ, R., (1995), 59, nota 77.

exenciones de esta Santa Iglesia”⁴⁹. El arzobispo, hincado de rodillas, viendo el camino hacia la Tumba del Apóstol, juraba su cargo y desde allí, acompañado en procesión por los capitulares, se dirigía, bajo palio, hasta el altar mayor, donde ocupaba el asiento aderezado al efecto. Mientras desde el coro, con toda solemnidad, se entonaba el *Te Deum*, contribuyendo, con ello, a incrementar el carácter festivo de toda la celebración.

El pueblo que, había sido testigo del juramento, acostumbraba entonces a entrar en la basílica para presenciar el resto de los actos. A veces era tan elevado el número de asistentes que las naves de la catedral resultaban insuficientes para dar cabida a todos los fieles⁵⁰.

Una vez escuchados los cantos de entrada, el prelado cumplía con la tradición de abrazar la imagen del Apóstol y orar ante su tumba, tras lo cual volvía a su sitio para recibir el abrazo de los capitulares. Después de rezar unas oraciones, el nuevo pontífice se dirigía al altar y desde allí daba su bendición solemne a todos los asistentes.

Cumplido el ceremonial religioso, comenzaba el tiempo de la fiesta. Esa misma tarde, al anochecer, antes de que el prelado se retirara a descansar, la ciudad le obsequiaba con una mascarada y un espectáculo de cohetes y fuegos artificiales. Las torres de Compostela, engalanadas con filacterias y luminarias trocaban su aspecto, recortándose en el cielo para ofrecer su mejor perfil, mientras que en las calles y en las plazas, la luz de las hachas y las candelas parecían inundarlo todo.

Pero con la noche no terminaba la fiesta, porque al despuntar el día, los regidores de la ciudad venían a buscar a su Eminencia y lo escoltaban hasta las Casas del Consistorio. El cortejo salía del palacio Arzobispal, ascendía por la Platería hasta Cinco Calles y atravesando la Caldelería llegaba a la Plaza del Campo. A las puertas del ayuntamiento⁵¹ era recibido por la corporación municipal que le invitaba a presenciar desde el balcón principal el desfile de los gremios. A continuación, los regidores solían obsequiar al prelado con una suculenta comida que podía comprender más de veinticuatro platos, elaborados por manos expertas con los mejores productos de la región y amenizada con piezas musicales, elegidas para la ocasión⁵².

A la mañana siguiente, el arzobispo era cumplimentado por los miembros del Cabildo, que lo recibían con todo el boato y la pompa acostumbrada en los palacios capitulares⁵³. El Deán y el Chantre actuaban como maestros de

⁴⁹ LÓPEZ FERREIRO, A., (1907), 10.

⁵⁰ Según los organizadores, en el siglo XVIII, hubo veces que los asistentes fueron más de veinte mil. Vid. LÓPEZ, R., (1995), 66, nota 107.

⁵¹ “Reseña de la entrada del señor arzobispo en la ciudad”. A.H.U.S., Fondo Municipal. Libro de Actas de Consistorio 1645, f. 167 r. GOY DIZ, A., (1999), II, 416-417.

⁵² “Fiestas de su Señoría el señor Arzobispo”. A.H.U.S., Fondo Municipal. Libro de Actas de Consistorio 1599-1605, f. 256. Ibidem, II, 278.

⁵³ Cuando don Francisco Seijas Losada hizo su entrada solemne, en el invierno de 1681, su salud era muy delicada, por eso el Cabildo prefirió esperar a que se repusiera un poco para darle la bienvenida. Sin embargo don Antonio de Monroy al día siguiente de su entrada en la

ceremonia porque a ellos les correspondía la presentación de los miembros del colegio catedralicio.

Durante toda la semana continuaban los actos festivos y las muestras de agasajo hacia el nuevo prelado. A las corridas de toros le seguían los juegos de la sortija, los torneos de cañas y los bailes. La ciudad vibraba espléndida gracias a la luz, a la música a los terciopelos y oropeles, pero esto era simplemente un maravilloso disfraz, un sueño construido gracias a la colaboración de todos los miembros de una sociedad, que una vez más se prestaban a participar de la magia de este juego de simulación teatral, en el cada uno desempeñaba un papel en función de su posición.

Finalmente cuando los festejos concluían, cuando el pueblo guardaba sus máscaras, cuando los gremios desmontaban sus alardes y las calles volvían a recobrar su aspecto habitual, era cuando los ciudadanos podían percibir que todo el aparato de la fiesta tan sólo había servido para hacer una ostentación del poder que las *elites* urbanas tenían frente a la figura del arzobispo.

ciudad, acudió al Cabildo “para darle gracias por el aplauso y regocijo con el que le habían salido a recibir...” LÓPEZ FERREIRO, A., (1907), IX, 182, 219.



Lámina 1. Vista de la antigua plaza del Campo, hoy plaza de Cervantes, donde se puede ver tras la fuente el edificio del viejo Ayuntamiento.

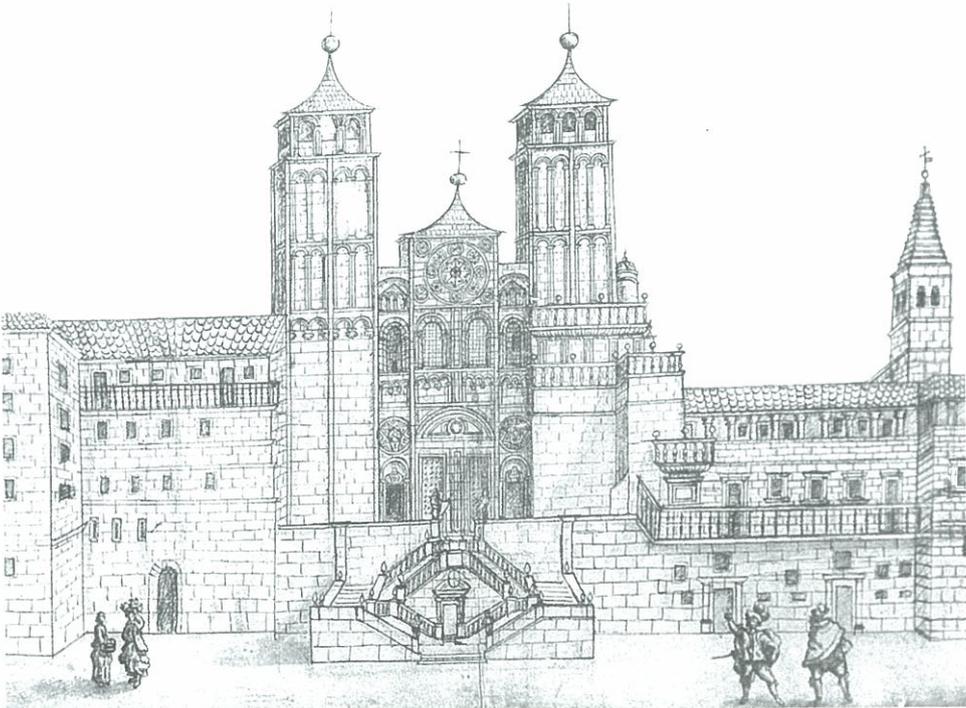


Lámina 2. Dibujo del proyecto de reforma de la fachada principal de la Catedral elaborado por el canónigo José de Vega y Verdugo e incluido en el famoso *Informe sobre la construcción de varias obras en la Catedral de Santiago de Compostela* (1657) que ofrece una imagen aproximada del aspecto que dicha fachada tenía antes de ser reformada en el siglo XVIII por el arquitecto Fernando de Casas Novoa.

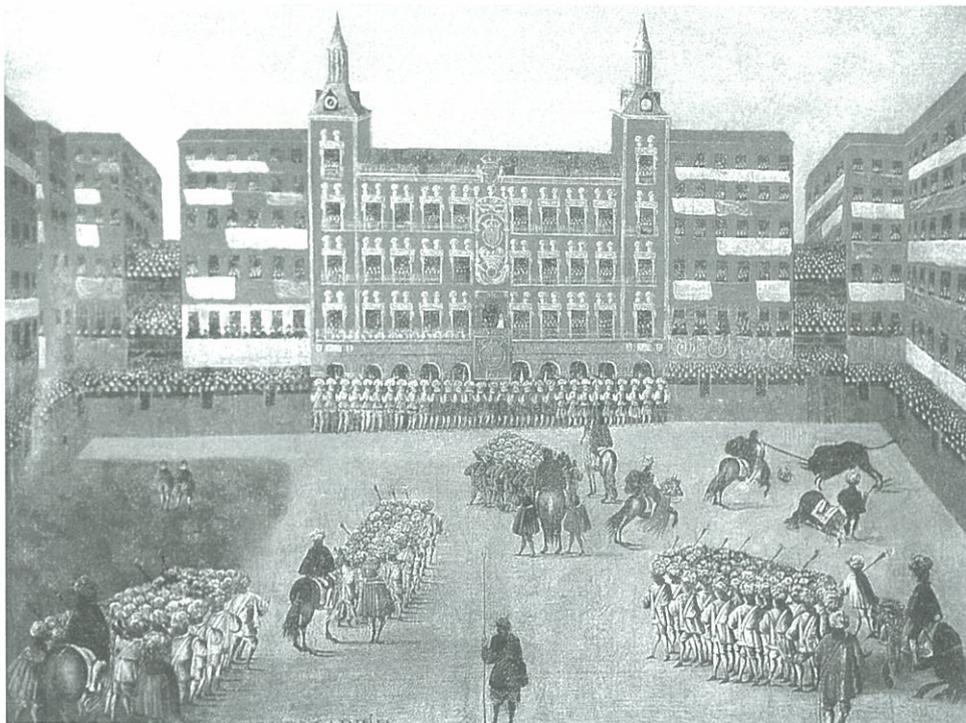


Lámina 3. Aspecto que ofrecía la Plaza Mayor de Madrid durante una corrida de toros (mediados siglo XVII).

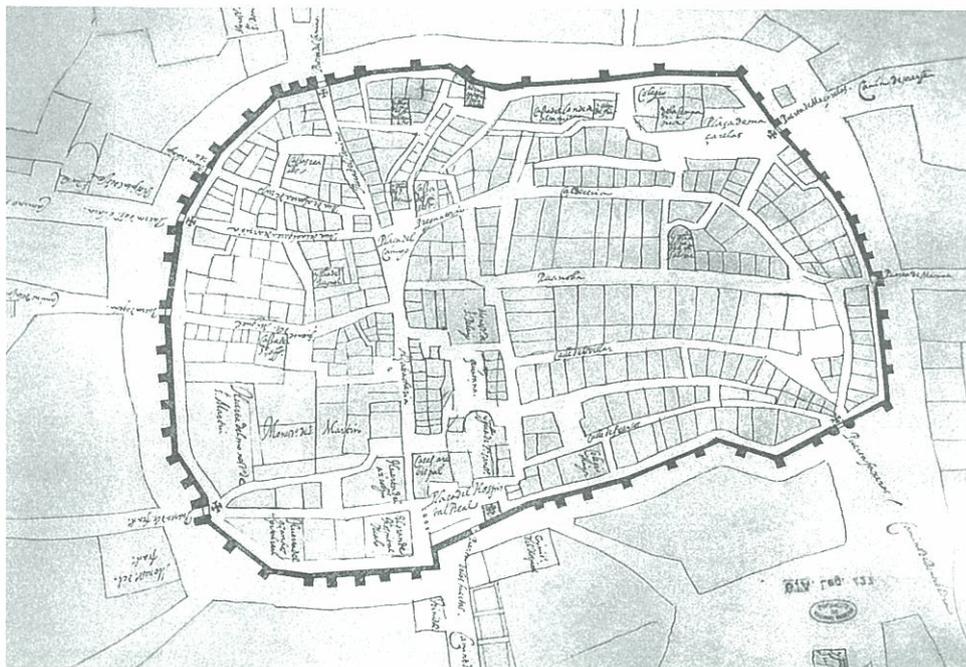


Lámina 4. Plano de la ciudad de Santiago (1599). Archivo General de Simancas.

